

muerte á Selim. Cayeron con un puñado de valientes sobre el centro de los otomanos, en donde se veia flotar el estandarte del sultan, derribando todo lo que se oponia á su paso ; creyeron que habian herido al sultan, pero el golpe lo recibió el visir que cubria á su señor con su cuerpo y que murió por él. Selim lloró la pérdida de Sinan-bajá : « He ganado el Egipto, gritó, pero « he perdido á Sinan. » El Cairo abrió sus puertas como Damasco al ejército otomano. Los mamelucos tranquilizados con una amnistía general, entraron á reconocer la soberanía del vencedor. Despues de haberlos halagado algunos dias, Selim cercó la ciudad con sus tropas y pasó á cuchillo á cincuenta mil en tres dias. Ejemplo de exterminio seguido en los nuestros con los restos de esta aristocracia extranjera, adherida al Egipto, como la lepra á un cuerpo enervado.

Entre tanto, Kurtbai, uno de los begs que habian embestido á Selim durante la batalla, estaba escondido en una casa del Cairo. Selim lo supo, le envió un caftan de honor y un Coran, prenda de perdon. Kurtbai, fué á dar las gracias al sultan : « Tú eres el héroe de los caballos, » le dijo el sultan. « — Es verdad, respondió el circasiano, » y ponderó el valor de su raza. « Tus cañones son los que nos han vencido, añadió; pero nos han vencido como asesinos « que se ocultan para herir á mansalva. Nosotros des-

« deñamos semejantes armas. El Profeta no admite « como armas leales mas que el arco y el sable. Un « veneciano nos trajo un dia cañones como los tuyos; « nosotros los rehusamos. ¡ Y bien ! nos dijo el infiel, « profetizando nuestra ruina, el que viviere, verá pe- « recer vuestro imperio, destrozado por estas mis- « mas balas que despreciais ! Pero todo perece ; es la « ley del hado : ¡ y vos tambien pereceréis cuando lle- « gue vuestra hora ! »

La conversacion se envenenó : Selim, que tenia intencion de ser generoso, se enfureció y llamó á los chiaux para que cortaran la palabra al circasiano. Ciento cincuenta sables brillaron sobre la cabeza del beg. « ¿ De qué te servirá mi cabeza ? » gritó, sin palidecer, al sultan ; « muchos valientes apuntan á la « tuya, y nuestro jefe Tumanbai espera aun en « Dios. Toma pues mi cabeza sangrienta, verdugo, y « ponla sobre el seno de tu mujer. » A estas palabras, rodó su cabeza á los piés del sultan.

IV

Con efecto Tumanbai venia al pié de las pirámides á afrontar la caballería de los otomanos. Seis mil spa-

his cayeron bajo las cimitarras de los mamelucos. Las barcas del Nilo y la rapidéz de sus caballos en el desierto los libertaban del ejército de Selim. Envio á Mustafá-baja, su constante negociador, á su sultan Tumanbai para ofrecerle la posesion del Egipto y la paz, á condicion de que pagase el tributo de feudatario. Mustafá y los cinco ginetes que lo acompañaban fueron asesinados al pié de las pirámides por los mamelucos.

La guerra continuaba sin resultado contra esta caballería nómada, tan difícil de coger como el polvo de sus desiertos. La traicion de un scheik árabe, vendido por dinero á Selim, puso término á este estado de cosas. Tumanbai, separado momentáneamente de sus ginetes, habia pedido asilo al scheik de una tribu que habia librado en otro tiempo de las mazmorras del Cairo. Se fiaba en el reconocimiento de la tribu. Hassan-Meri, gefe de esta tribu, habia fingido fidelidad al sultan proscrito. Le habia salido al encuentro en el desierto de Djize, y le habia dado un banquete bajo sus tiendas. Tumanbai, rendido de fatiga y agotadas sus fuerzas por las heridas, habia dejado á sus compañeros sentarse y gozar del festin, y se habia retirado para descansar en una caverna de las rocas que guarnecen el rio. Miéntras dormia el sultan, el pérfido árabe comunicó á los turcos el

sitio adonde se habia retirado su huésped. El aga de los genizaros habia acudido con quinientos caballos. La madre de Hassan-Meri, sospechando la traicion de su hijo, lo habia conjurado en vano á que no entregara á su sultan : « Dios castiga á los traidores, » habia dicho á su hijo. La codicia, vicio del árabe, triunfó de la santa hospitalidad, virtud del desierto. El aga de los genizaros, Ayas-bajá, entró en la caverna en que dormia Tumanbai. Le ató las manos con su cinturon, lo hizo montar á caballo, y lo condujo al Cairo. « Alabado sea Dios, » exclamó Selim recibiendo al vencido, « ahora el Egipto es mio ! »

V

El redoble de los tambores y las salvas de la artillería anunciaron al Cairo que su sultan habia caido prisionero. Selim mandó que le desataran las manos, lo hizo sentarse en un divan, y lo trató como hermano. Despues de algunas quejas mútuas sobre la injusticia de esta guerra y la muerte de los embajadores : « Sultan de Rum, dijo el sultan de Egipto, tú no eres culpable de nuestras desgracias y de la caida

de este imperio, sino esos traidores que veo á tu lado, » señalando con el gesto á dos begs que habian vendido su patria á Selim. Tumanbai, admirado por el sultan á causa de su belleza varonil, su brillante traje, su serenidad y su elocuencia, fué confiado mas como un huésped que como un prisionero á Ayasbajá, aga de los genizaros.

Otro beg de los mamelucos, Schadibeg, general de Tumanbai, vendido igualmente por una tribu de árabes, cayó pocos dias despues en las manos de Selim. Su juventud, su gracia, su vigor, su coraza de acero de Damasco admiraron al sultan. Quiso ver si la inteligencia de aquella raza circasiana correspondia á la belleza del rostro. *El hombre está oculto bajo la lengua*, dice el proverbio turco. « ¿Qué has descubierto en el mundo desde que vives? le preguntó Selim. — Nada bueno, respondió Schadibeg. — « ¿En ese caso, porqué combates por cosas despreciables? — No he combatido por las de este mundo, « sino por obedecer al Coran que dice : « ¡Armaos contra aquel que se arma contra vosotros! *El que pelea por su casa y por sus bienes muere mártir.* — « No he marchado contra vosotros, dijo Selim, « mas que para castigaros por haber derribado y « muerto á vuestros soberanos. — ¡Calumnia! replicó Schadibeg; treinta años hemos obedecido al

« padre de Kaitbai, nuestro sultan, y solo hemos castigado al hijo, porque violaba nuestras leyes; era « la voluntad de Dios; la muerte es el fin de toda « vida; el mundo no durará quizá mas para tí que « para nosotros, porque Dios ha dicho al Profeta : « *Tú eres un cadáver, y ellos son cadáveres, y el dia « del juicio final, os acusareis los unos á los otros « delante del Señor.* »

VI

Selim trató á Tumanbai y á Schadibeg como huéspedes mas bien que como vencidos. Quería llevarlos á Constantinopla y colmarlos allí de honores. Pero habiendo oido un dia al pasar por las calles del Cairo á un hombre del pueblo que gritaba : « ¡Larga vida á Tumanbai! el sultan temió dejar vivir á príncipes cuyos reveses no habian extirpado su nombre del corazon de sus antiguos esclavos. Bajo pretexto de conceder el talion á un beg de los mamelucos, á quien habia colgado su padre en la puerta de la gran mezquita el de Tumanbai, entregó este sultan y

Schadibeg al hijo de la víctima, que los aborció con sus propias manos en el sitio en donde su padre había sufrido el mismo suplicio.

En seguida organizó el Egipto como provincia tributaria del imperio, dividiendo la autoridad en muchas magistraturas civiles y militares, distribuidas entre los árabes y los restos de los mamelucos, que habían vendido su casta ó su patria á su ambicion. Empleó un mes en visitar las mezquitas, las academias, las bibliotecas del Cairo, en donde los sucesores de los kalifas habían dejado señales de su culta teocracia. Indiferente á las civilizaciones anteriores, que no recordaban con sus monumentos mas que el paganismo, no se dignó siquiera echar una mirada á las pirámides, esos enigmas que no contenian bajo sus montes de piedras mas que supersticiones ó sepulcros.

Antes de salir de Egipto, se invistió á sí mismo con todos los derechos de los antiguos khalifas sobre las ciudades santas de la Meca y de Medina. Apesar de su deseo de subyugar el Egipto superior y la Etiopia, los murmullos de sus soldados lo obligaron á llevar el ejército á Constantinopla, dejó á Khairedin en la ciudadela del Cairo con una guarnicion de cinco mil hombres para dominar el Nilo, y para evitar las tentativas de independenciam de este goberna-

dor, envió á su mujer y á sus hijos en rehenes á Filopópolis. Mil camellos cargados de oro y de plata, de piedras y de armas preciosas llevaban en pos de sí los tesoros de los mamelucos. La última sombra de los khalifas, Motawakel, á quien los opresores del Cairo aparentaban honrar en el Cairo, al paso que lo despreciaban, siguió á Selim á Siria. Este príncipe llevaba asi, en su cortejo, como vencido, á este sucesor de los khalifas, que había dado á sus antepasados la autorizacion para tomar el título de sultan.

VII

Durante las primeras marchas por el desierto de El-Arisch, Selim, pensativo y triste, se paraba de vez en cuando para contemplar su ejército de ciento sesenta mil hombres á su partida, reducido ya á una larga fila de hombres y de caballos, extenuados y diezmados por la fatiga, la guerra, las enfermedades y las guarniciones dejadas en el pais conquistado. « Por fin, dijo á su gran visir Yunis-bajá, el Egipto « queda atras, y mañana entraremos en Gaza. » — « Si, respondió Yunis, que había augurado mal de

« esta campaña, ¡cual es el fruto de tantos trabajos y
 « tanta sangre vertida, sino el de un ejército perdido
 « en estos arenales del Egipto, gobernado hoy por
 « traidores! »

Esta terrible censura, dirigida á la ambicion de conquista de su señor, pareció tan inoportuna y tan imperdonable al sultan, que sin pararse á reflexionar, dando rienda suelta á su cólera, mandó cortar la cabeza al visir, que iba aun á caballo junto á él. Admirada y enmudecida la tropa pasó con horror por encima del cadáver de aquel, á quien obedecía un momento ántes de aquel acceso criminal. La servidumbre del gran visir lo sepultó allí mismo, y sus hijos edificaron mas adelante sobre su tumba una caravanera, que lleva aun el nombre de Yunis.

Piri-bajá, consejero de la victoria de *Tauris* y creador de la flota, fué nombrado segunda vez gran visir. Hallábase á la sazón á bordo de uno de los buques que trasportaban desde Alejandría á Constantinopla á los heridos, los enfermos del ejército, las mujeres y los esclavos de los mamelucos. Mientras llegaba su gran visir á Damasco, Selim organizó la Siria como habia organizado el Egipto, y recibió los tributos de los árabes nómadas, que cubrian con sus tiendas los desiertos de la Mesopotamia desde Palmira hasta Babilonia. Los embajadores de Venecia

habian pagado hasta entónces un tributo anual de ocho mil ducados de oro á los mamelucos señores de la Siria, por la isla de Chipre, sometida á la república. Venecia envió por la misma causa su tributo á Selim, señor actual de la Siria.

Sea por imitar la piadosa modestia del khalifa Omar, sea por una piedad sincera, cuyos vestigios se ven en sus poesías á través de la ferocidad de su carácter, Selim, durante su residencia en Damasco, faltó de su palacio algunos dias, saliendo disfrazado de él con el traje de un simple peregrino. Fuése así á visitar los santos sepulcros de Jerusalén y de Hebron, y volvió sin que sus visires ni su ejército hubiesen sospechado su ausencia. Dos meses permaneció en Alepo. Hersek-Ahmed-bajá, antiguo servidor de su padre y de su abuelo, cinco veces visir y siempre respetado por sus señores, murió allí. Educado en la religion musulmana, Ahmed-bajá era hijo de un cristiano de Servia, de Estéban Cossarich, duque de Saba.

VIII

De vuelta al fin del mes de julio, Selim I relevó á su hijo Soliman de los cuidados de la administracion,

que habia ejercido con moderacion y sabiduría durante las campañas de su padre. Le hizo magníficos regalos y lo envió de nuevo al apartado gobierno de Sarukhan. Al mismo tiempo invistió con la soberanía hereditaria de la Crimea á su cuñado Mohammed-Gherai, hijo primogénito de la casa real de los tártaros de Crimea. Lo adhirió mas al imperio señalando á este príncipe y á sus sucesores una renta sobre el tesoro otomano de mil aspros diarios.

« — ¿ Sabes , decia algunas veces á su gran visir « Firi-bajá, que halago á estos tártaros porque los « temo mas que á los mamelucos y á los Persas ? « Sus caballos no necesitan herraduras. Cruzan á « nado los rios que nuestros ejércitos no pueden « atravesar sino por los puentes; y hacen en un día « las marchas que nos cuestan cinco á nosotros. « Quiero pagarles para que nos sean fieles tanto por « el interés como por los lazos de la familia. » Esta política previsorá duró hasta la conquista de la Crimea por los rusos, en la dinastía de los sultanes. El corazón de los tártaros de Crimea es todavía otomano.

IX

El papa Leon X ocupaba en aquella época la silla de San Pedro; él habia llevado de Florencia á Roma la afición de los Médicis á las letras, las artes y el comercio. Este papa, mas político que piadoso, y mas filósofo que pontífice, trataba de provocar en Europa una cruzada literaria en favor de la Grecia, semejante á la que el liberalismo poético de nuestros días suscitó por los Helenos. Leon X y la corte pontificia, mas apasionados por el renacimiento de las letras y de la filosofía platónica, que por los vestigios del cristianismo en Oriente, daban á este zelo clásico el colorido de un amor ferviente á los santos lugares, teatro de los misterios cristianos en Jerusalén. Los soberanos del Occidente no pensaban ya en renovar las expediciones aventuradas y populares de las cruzadas. Querian no obstante agradar al papa y á sus súbditos católicos, asegurando á las raras peregrinaciones que iban á los santos lugares el respeto debido á los objetos que veneraba el mundo occidental. La corte de España mas adicta que las demas monar-

quías de Europa á la corte de Roma, envió con este objeto un embajador á la de Selim. Quería España que el nuevo señor de la Siria confirmase las franquicias y los privilegios del santo sepulcro, juntamente con el libre acceso de los peregrinos, por el pago de un tributo anual, semejante al que las potencias católicas pagaban ántes de la conquista de Egipto á los mamelucos, poseedores de los Santos Lugares. Los turcos que consideran al Cristo como al mayor de los profetas inspirados por Dios ántes de la venida de Mahoma, veneraban tambien su sepulcro. Su religion, que prescribe las peregrinaciones como un acto de fé y de piedad, comprendia y favorecia en los cristianos esta visita á los Santos Lugares. Este instinto irreflexivo, pero universal, de la humanidad, que impele á los hombres á atribuir cierta virtud santificante y milagrosa al polvo mismo que ha pisado la suprema santidad del hombre divino, estaba de acuerdo con este respeto á las peregrinaciones. En vez de proscribirlas, las estimulaban. Selim acogió pues favorablemente al enviado español, y le prometió concluir con su soberano el tratado de inmuni- dades y de privilegios del santo sepulcro de Jerusa- lén, apénas le enviara el rey de España un plenipo- tenciario para ajustar el convenio.

X

Selim I pacificó despues en Asia los trastornos suscitados por un ermitaño fanático, que vivia en una caverna de las montañas de Tokat, y que provocaba, en nombre de un futuro mesías, á los supersticiosos asiáticos de estas provincias á rebelarse contra todo poder humano. Teniendo que ir de Andrinópolis á Constantinopla, á causa de la peste que devastaba la Turquía europea, se ocupó en embellecer su capital, y en construir una mezquita, tributo de su reinado, que todo sultan debe á su culto.

Sus visires lo excitaban á la conquista de Rodas. No se creia él con las fuerzas navales ni con el tiempo necesario para una empresa, en la que habia fracasado el mismo Mahomet II. Un dia que su gran visir Piri-bajá habia hecho botar al agua un buque de guerra recién construido y armado sin noticia suya, cuando estaba maniobrando con orgullo de Piri-bajá en las aguas del Mármara, cara á cara del serrallo : « Mandad meter esas cáscaras de nuez en el arsenal, « le dijo con cólera el sultan; yo no tengo hombres

« para esos buques; quereis embriagarme con mi
 « poder, inspirarme el deseo de sitiarse á Rodas, y re-
 « novar en mi reinado la humillacion de mis prede-
 « cesores; no ha llegado la hora, y además, añadió
 « con tristeza, la providencia no me deja tiempo
 « para empresas largas: la vida se me acaba. »

Este presentimiento melancólico era el primer sín-
 toma de la peste que habia respirado en Andrinópolis
 algunos meses ántes. Quiso volver á gozar del aire
 del Hemus, pero detenido en el camino por la fiebre
 y la inflamacion de un tumor en la ingle, se apeó
 del caballo y espiró bajo una tienda en el sitio mismo
 en que habia presentado la batalla parricida á su
 padre, como si la Providencia lo hubiese aguar-
 dado en aquel teatro de su culpable ambicion, para
 mostrarle la nada de todas las cosas, aun la del crí-
 men!

XI

Solo Piri-Bajá sintió la muerte de Selim I, este
 gran visir la ocultó á los soldados y á los pueblos
 hasta la llegada de su hijo Soliman. Al sepultarlo los

médicos en secreto bajo su tienda, encontraron en
 su cuerpo siete señales de color de sangre, que cor-
 respondian, dijeron los astrólogos, á los siete asesi-
 natos de sus dos hijos y de sus cinco sobrinos. En el
 gobierno usó de la ferocidad que lo habia conducido
 al trono. Lo mismo llenaba de cadáveres su divan
 que sus campamentos. Su mufti Djemali, casuista del
 imperio, sentenciaba siempre conforme lo exigian
 su ambicion y su cólera. Los otomanos llamaban á
 Djemali el *mufti del cesto*, porque contestaba un *sí* ó
no seco, que echaba en un cesto que bajaba por su
 ventana, á todas las preguntas que le hacian los
 cadis ó el pueblo. Sus sentencias pronunciadas á
 peticion del sultan, aunque severas, son prover-
 biales é irrecusables por su conciencia é indepen-
 dencia. Por eso no eran bastante conformes á la
 impetuosidad de Selim. Un dia que el sultan estaba
 á caballo al lado del mufti, en el camino de Andri-
 nópolis á Constantinopla, Selim echaba en cara á
 Djemali su indulgencia: « ¿porqué, le decia no has
 « sentenciado á los cuatro mercaderes que he con-
 « denado á perecer por haber comerciado en seda
 « con la Persia? ¿No es permitido matar á las dos
 « terceras partes de los habitantes de la tierra por
 « el bien de la restante? — Sí, respondió Djemali,
 « con tal que la existencia de estas dos terceras par-

« tes deba causar la desgracia de los otros. Pero la « desobediencia de estos mercaderes no está prohibida. » Al volver á Constantinopla el sultán mandó poner en libertad á los mercaderes, y quiso reunir en Djemali los dos empleos de juez del ejército de Europa y del de Asia. Djemali no los aceptó, no queriendo, dijo, alterar en él la independencia del mufti con ninguna ambicion política.

Djemali preservó constantemente á los cristianos de las persecuciones de Selim por causa de religion. Habiendo mandado este una vez al gran visir que impusiera la creencia por medio del terror, á fin de extender el islamismo en el imperio, el gran visir, horrorizado con tal órden, acudió á Djemali. Djemali aconsejó al patriarca griego que se presentara con todo el clero en la audiencia de Selim con el Coran y los compromisos de Mahomet II en la mano. El Coran prohibe convertir por la fuerza; las promesas de Mahomet II obligaban al sultán á tolerar y á proteger á los cristianos. A falta de este título escrito que se habia extraviado, el patriarca llevó antiguos genizaros, testigos de la conquista que atestiguaban bajo juramento las palabras del conquistador. Selim revocó la órden á instancias de Djemali, y se contentó con quitar á los cristianos las iglesias mas hermosas de Constantinopla para convertirlas en mezqui-

tas, autorizándolos para que construyeran otras mas arregladas al pequeño número de fieles que encerraba la capital.

Este príncipe dejó al morir á los soberanos otomanos un siniestro ejemplo usurpando el trono á su padre y haciendo perecer á sus hermanos. Habia aumentado la fama de su estirpe con una victoria en Persia, y dos conquistas, la Siria y el Egipto; pero habia pervertido la moral y la política de los otomanos con el influjo soldadesco de los genizaros, que combatia en vano, despues de haberle debido el trono; con el despotismo sanguinario sustituido á la absoluta paternidad de las costumbres de su casa; y sobre todo, por el escándalo que dió al Oriente este parricida coronado. El tártaro aparecia en él bajo el sultán. Habia fortalecido el carácter conquistador de los otomanos con la guerra, pero tambien lo habia hecho bárbaro y sanguinario. Su reinado es uno de aquellos que se querria ver borrados de la historia de un pueblo, porque afligen y humillan la humanidad.